

CLÉMENT ROSSET

*Lo real y su doble*

– Ensayo sobre la ilusión –

Traducción y notas de Santiago Espinosa



HUEDERS



## Nota sobre la edición

Esta edición retoma el texto corregido y aumentado de *Lo real y su doble* (Gallimard, 1976) en su versión final, tal como aparece en la recopilación de las Éditions de Minuit, *L'École du réel* (2008), e incluye los dos apéndices a esta última obra en los que el autor revisa, luego de treinta años de incursiones en el tema, la cuestión del doble. El aparato crítico (notas marcadas con número) pertenece al traductor; las notas del autor están señaladas con asteriscos.

SANTIAGO ESPINOSA

París, 2014



## PRÓLOGO

### LA ILUSIÓN Y EL DOBLE

*Me refiero a su manía de negar lo que es,  
y de explicar lo que no es.*  
E. A. POE, «Los crímenes de la calle Morgue»

Nada más frágil que la facultad humana de admitir la realidad, de aceptar sin reservas la imperiosa prerrogativa de lo real. Dicha facultad falla con tanta frecuencia, que parece razonable imaginar que no implica el reconocimiento de un derecho imprescriptible —el derecho de lo real a ser percibido—, sino que figura más bien como una especie de *tolerancia*, condicional y provisoria. Tolerancia que cada cual puede suspender a su gusto, tan pronto como las circunstancias lo exigen: un poco como las aduanas que pueden decidir de un día para el otro que la botella de licor o los diez paquetes de cigarrillos —«tolerados» hasta entonces— ya no pasarán. Si los viajeros abusan de la complacencia de las aduanas, estas se mostrarán firmes y anularán todo derecho de paso. De igual manera, lo real no es admitido más que bajo ciertas condiciones y solo hasta cierto punto: si abusa y se muestra desagradable, se suspende la tolerancia. Una interrupción de la percepción pone así a la consciencia al abrigo de todo espectáculo indeseable. En cuanto a lo real,

si insiste y se aferra absolutamente a ser percibido, siempre se lo puede enviar de paseo a *otra parte*.<sup>1</sup>

Naturalmente, dicho rechazo de lo real puede revestir formas muy variadas. La realidad<sup>2</sup> puede ser rechazada radicalmente, considerada pura y simplemente como no-ser: «Esto—que creo percibir—no es». Las técnicas al servicio de semejante negación radical son, por lo demás, en sí mismas muy diversas. Puedo aniquilar lo real aniquilándome a mí mismo: fórmula del suicidio, que parece la más segura de todas, aunque un minúsculo coeficiente de incertidumbre parezca acompañarla, si creemos por ejemplo a Hamlet: «¿Quién querría seguir cargando en la cansada vida su fardo abrumador? Pero hay espanto ¡allá del otro lado de la tumba! La muerte, aquel país que todavía está por descubrirse, país de cuya lóbrega frontera ningún viajero regresó, perturba la voluntad, y a todos nos decide a soportar los

1 Hay un juego de palabras intraducible: *se faire voir ailleurs* es una expresión corriente para enviar a alguien «a freír espárragos»; literalmente significa: ir a que se lo vea a uno en otra parte (uno queda *despedido*). Así, lo real—el conjunto de objetos y de fenómenos que tienen lugar aquí y ahora, «lo que existe» y que, contrariamente a lo que afirma toda metafísica, no se diferencia aquí del «ser»—puede ser despedido por su carácter desagradable; pero sobre todo, como lo mostrará Rosset a lo largo del texto, significa que esta despedida es camuflada por la idea de «otra parte» (precisamente, el doble): no se toma consciencia de que se ha despedido lo real, se piensa solamente que este se encuentra en otra parte.

2 No existe ninguna diferencia esencial, según Rosset, entre «lo real» y «la realidad» (como lo afirmarían por su parte Bataille o Lacan). En última instancia, hay una diferencia puramente nominal: en *Tropiques*, Rosset responde a dicha pregunta: «La noción de lo real es una noción filosófica con pretensión universal (lo real es siempre real), mientras que la realidad es una expresión corriente que desde luego designa lo que difiere de lo imaginario, pero que no garantiza por lo tanto que se encuentre en sí misma al abrigo de la ilusión, de la alucinación, de un doble fantasmático (la realidad no siempre es real)».

males que sabemos más bien que ir a buscar lo que ignoramos».<sup>3</sup> También puedo suprimir lo real sin tantos gastos, y concederme la vida salva a costa de un desmoronamiento mental: fórmula de la locura, también muy segura, pero que no está al alcance de cualquiera, como lo recuerda una frase célebre del doctor Ey: «No está loco quien lo desea». A cambio de la pérdida de mi equilibrio mental, obtendré una protección más o menos eficaz con respecto a lo real: alejamiento provisional en el caso de la *represión* descrita por Freud (huellas de lo real subsisten en mi inconsciente), ocultación total en el caso de la *forclusión* descrita por Lacan.<sup>4</sup> Puedo, finalmente, sin sacrificar nada de mi vida ni de mi lucidez, decidir no ver una realidad cuya existencia, por lo demás, reconozco: actitud de ceguera voluntaria simbolizada en el gesto de Edipo reventándose los ojos,<sup>5</sup> al final de *Edipo rey*, y que encuentra aplicaciones más comunes en el uso inmoderado del alcohol o de la droga.

No obstante, dichas formas radicales de rechazo de lo real no dejan de ser marginales y relativamente excepcionales. La actitud más común, frente a la realidad desagradable, es bastante

3 Se trata del soliloquio de Hamlet (acto III, escena I) de Shakespeare. La traducción es de Rafael Pombo.

4 A diferencia de la represión (neurótica), que conserva los significantes en el inconsciente, la forclusión (psicótica) designa el rechazo de un significante —como el *falo* según Lacan— fuera de la esfera simbólica del sujeto. Así, los significantes no «vuelven» del interior, como los reprimidos, bajo una forma de emoción pulsional, sino del exterior, a través del delirio y la alucinación.

5 La tragedia de *Edipo rey* se encuentra en el origen de la reflexión de Rosset sobre el doble y la retomará en repetidas ocasiones. Lo esencial consiste aquí en que Edipo, luego de creer haber visto «algo» (una alternativa a su destino) allí en donde no había nada, está obligado *in fine* a ver la realidad (el destino que él mismo realizó); de ahí que se reviente los ojos.

diferente. Si lo real me molesta y deseo liberarme de él, lo haré de una manera por lo general más flexible, mediante un modo de recepción de la mirada que se sitúa a medio camino entre la admisión y la expulsión pura y simple: que no dice ni sí ni no a la cosa percibida, o más bien que le dice sí a la vez que no. Sí a la cosa percibida, no a las consecuencias que normalmente deberían deducirse. Esta otra manera de acabar de una vez con lo real se asemeja a un razonamiento correcto que vendría a coronar una conclusión aberrante: es una percepción justa la que se muestra incapaz de articularse con un comportamiento adaptado a la percepción. No me rehúso a ver, y no niego en absoluto lo real que se me muestra. Pero mi complacencia se detiene ahí. He visto, he admitido, pero que más no se me pida. Por lo demás, mantengo mi punto de vista, persisto en mi comportamiento como si no hubiera visto nada. Mi percepción presente y mi punto de vista anterior coexisten paradójicamente. No se trata tanto aquí de una percepción errónea, sino de una percepción *inútil*.<sup>6</sup>

6 Ver *infra*, *Apéndice I*, en donde Rosset afirma que el doble no es una percepción ilusoria, sino una «ilusión de percepción» (se cree haber percibido o pensado «algo» allí donde no se ha percibido ni pensado nada).

Hay que anotar, frente a ciertas lecturas un poco rápidas que identifican el «doble» del que habla Rosset con los «*trasmundos*» (metafísicos y morales) criticados por Nietzsche, que dicha noción no es necesariamente moral ni metafísica y, sobre todo, como lo afirma Rosset al final de este prólogo, que la ilusión que consiste en rechazar la realidad no es propia de los filósofos (y en particular de los filósofos morales y metafísicos), sino del hombre *en general*. El doble no es una realidad alucinada, como lo sería por ejemplo, según cierta perspectiva, el mundo inteligible que se opone al mundo sensible: allí se le opone a una realidad (el mundo sensible) otra realidad (el mundo inteligible), que uno podría poner en cuestión, y sin embargo definir, describir, pensar. Al contrario, con el término de «doble» Rosset no opone a la realidad «otra» realidad, sino una *nada* —y por ello indefinible, indescriptible, indesignable.



Dicha «percepción inútil» constituye, al parecer, uno de los rasgos más notables de la *ilusión*. Probablemente se cometería un error si se considerara que proviene principalmente de una deficiencia en la mirada. El iluso, se dice a veces, no ve: está ciego, obcecado. Por más que la realidad se ofrezca a su percepción, no logra percibirla, o la percibe deformada, atento como está solo a los fantasmas de su imaginación y de su deseo.<sup>7</sup> Este análisis, que vale sin duda alguna para los casos propiamente clínicos de rechazo o de ausencia de percepción, parece muy sumario en el caso de la ilusión. Menos aun que sumario: más bien fuera del asunto.

En la ilusión, es decir, la manera más corriente de apartar lo real, no debe señalarse un rechazo de la percepción propiamente dicho. La cosa no es negada: tan solo desplazada, puesta en otra parte. Pero, en lo que concierne a la aptitud de ver, el iluso ve, a su manera, tan claro como cualquier otro. Esta verdad aparentemente paradójica se vuelve sensible a partir del momento en que se piensa en lo que ocurre con el obcecado, tal como nos lo muestra la experiencia concreta y cotidiana, o incluso la novela o el teatro. En *El misántropo*,<sup>8</sup> por ejemplo, Alceste ve perfecta y totalmente que Célimène es una coqueta: dicha percepción, que aquel acepta cada día sin protestar, nunca es puesta en cuestión. Y sin embargo Alceste está ciego: no por no ver, sino por no concordar sus actos con su percepción. Lo que ve está como fuera de circuito: la coquetería de Célimène es percibida y admitida, pero extrañamente separada de los efectos que su reconocimiento

7 Esta es la interpretación de Freud en lo que concierne a la creencia, tanto religiosa como supersticiosa. Cf. *El porvenir de una ilusión*.

8 De Molière.

debería conllevar normalmente en el plano de la práctica. Puede decirse que la percepción del iluso está como *escindida en dos*: el aspecto *teórico* (que designa justamente «lo que se ve», de *theorein*<sup>9</sup>) se emancipa artificialmente del aspecto *práctico* («lo que se hace»). Por lo demás, es por ello por lo que ese hombre al fin y al cabo «normal» que es el iluso está, en el fondo, mucho más enfermo que el neurótico: en la medida en que, a diferencia del segundo, él es definitivamente incurable. El obcecado es incurable no de ser ciego, sino más bien de ser vidente: puesto que es imposible «hacerle volver a ver» algo que ya vio y que sigue viendo. Toda «corrección»<sup>10</sup> es vana —no se puede «corregir» a alguien que ya tiene frente a sus ojos lo que uno se propone mostrarle. En la represión, en la forclusión, lo real puede volver eventualmente, en favor de un aparente «retorno de lo reprimido», si hemos de creer lo que afirma el psicoanálisis, en los sueños y en los actos fallidos. Pero en la ilusión dicha esperanza es vana: lo real nunca volverá, puesto que ya está aquí. Se observará de paso hasta qué punto el enfermo del que se ocupan los psicoanalistas resulta ser un caso anodino, y en suma benigno, comparado con el hombre normal.

Quizás la expresión literaria más perfecta del rechazo de la realidad es la que ofrece Georges Courteline en su famosa pieza *Boubouroche* (1893). Boubouroche ha instalado a su amante, Adèle, en un pequeño apartamento. Un vecino de piso de Adèle advierte caritativamente a Boubouroche de la traición de la que es víctima: Adèle comparte su apartamento

9 En griego la *theoria* es una «visión» o «contemplación».

10 Otro juego de palabras: la *remontrance* en francés es una amonestación que, originariamente, significa «mostrar de nuevo».

con un joven amante que se esconde en un armario cada vez que Boubouroche visita a su querida. Loco de rabia, Boubouroche irrumpe en la casa de Adèle a una hora inhabitual y encuentra al amante en el armario. Adèle responde a la cólera de Boubouroche con un silencio lleno de disgusto e indignación: «Eres tan vulgar —le declara a su protector— que no mereces siquiera la más simple explicación que le habría dado de inmediato a cualquier otro, si hubiese sido menos grosero. Lo mejor será que nos separemos». Boubouroche admite en el acto sus errores y lo mal fundado de sus sospechas: luego de hacerse perdonar por Adèle, no le queda sino volverse contra el vecino de piso, el odioso calumniador («Es usted un viejo gamo y un caradura»). Esta pequeña pieza se encomienda inmediatamente a la atención por una característica singular: al contrario de lo que a menudo sucede, el burlado no se sacia aquí con ninguna excusa, con ninguna explicación. El espectáculo de su infortunio no está velado por sombra alguna. En suma, el engaño se halla en un punto muerto: el burlado no necesita ser engañado, le basta con ser burlado. Ello se debe a que la ilusión no se encuentra en lo que se ve, en lo que se percibe: así se explica que uno pueda, como Boubouroche, al mismo tiempo ser engañado y no ser engañado *por nada*.<sup>11</sup> Y sin embargo Boubouroche, sin dejar de gozar de una visión correcta de los hechos, habiendo sorprendido a su rival en su escondite, no deja de creer en

11 Ver *supra*, nota 6 (fin). Boubouroche cree haber comprendido (o percibido) algo —pero sería incapaz de decir *qué* (ilusión de percepción)— lo cual le hace cambiar de opinión. En realidad, Boubouroche renuncia a percibir lo que realmente ha visto (lo real) y antepone a dicha percepción, no *otra* realidad (pues no hay engaño ni excusa), sino una ausencia de percepción (la ilusión).

la inocencia de su querida. Esta «obcecación» merece que nos detengamos un poco en ella.

Imaginemos que, al volante de mi automóvil, me encuentre, por una u otra razón, con mucha prisa por llegar a mi destino, y me tope en el camino con un semáforo en rojo. Puedo resignarme al retraso que ello me ocasiona, detener mi vehículo y esperar a que el semáforo se ponga en verde: aceptación de lo real. Puedo igualmente rechazar una percepción que se opone a mis propósitos; decido entonces ignorar la prohibición y me paso el semáforo, es decir, asumo el no ver algo real cuya existencia he reconocido: actitud de Edipo al reventarse los ojos. También puedo, aun en la hipótesis de un rechazo de percepción, estimar rápidamente que ese obstáculo situado en mi ruta provocará una tristeza demasiado cruel para mis facultades de aceptación de lo real; decido entonces acabar con ello suicidándome, con ayuda de un revólver que guardo en la guantera, o «reprimo» la imagen del semáforo en rojo en mi inconsciente: así, enterrado, dicho semáforo en rojo pasado nunca sobrevivirá en mi consciencia, a menos que intervengan un psicoanalista o un policía. En estos últimos dos casos (suicidio, represión), opuse un rechazo de percepción a la necesidad de detenerme en la que me habría colocado la percepción del semáforo en rojo. Pero existe todavía otro medio de ignorar dicha necesidad, que se distingue de todos los medios precedentes en que hace justicia a lo real, y en que concuerda, al menos en apariencia, con la percepción «normal»: percibo que el semáforo está en rojo —*pero concluyo que me toca pasar*.

Eso es exactamente lo que le sucede a Boubouroche. El razonamiento que lo tranquiliza podría enunciarse más o

menos así: «En el armario hay un joven —por lo tanto, Adèle es inocente y yo no soy un cornudo». Tal es la estructura fundamental de la ilusión: un arte de percibir adecuadamente, pero sacando las conclusiones contrarias. El iluso convierte así el hecho único que percibe en dos hechos que no coinciden, de tal manera que la cosa percibida es puesta en otra parte y *fuera de la posibilidad de ser confundida con ella misma*.<sup>12</sup> Todo ocurre como si el evento fuese mágicamente escindido en dos, o más bien como si dos aspectos del mismo evento adquirieran cada uno una existencia autónoma. En el caso de Boubouroche, el hecho de que Adèle haya ocultado a un amante y el hecho de que él sea cornudo se vuelven milagrosamente independientes uno del otro. Descartes habría dicho que la ilusión de Boubouroche consiste en tomar una «distinción formal» por una «distinción real»:<sup>13</sup> Boubouroche es incapaz de captar el vínculo esencial que une, en el *cogito*, el «pienso» al «soy»; vínculo modelo del que una de las innumbrables aplicaciones enseñaría a Boubouroche que es imposible distinguir *realmente* entre «mi mujer me engaña» y «soy un cornudo».

12 *Lo real y su doble* llevaba inicialmente por título «Lo único y su doble». El doble del que se trata aquí (y en general en la obra de Rosset, salvo cuando él lo precisa) remite a la ilusión de creer haber visto «algo» diferente de lo que se ha visto realmente. Boubouroche no ve otra realidad en la que el joven no se encuentra en el armario; al contrario: ve efectivamente esa realidad, pero, puesto que está obcecado por el amor que siente por Adèle, actúa como si hubiera visto otra. Sin embargo, sería incapaz de describir tal cosa (el doble), ya que no ha visto nada más que la realidad (lo único).

13 Cf. en particular *Los principios de la filosofía* (I, §§ 60-62). La distinción formal o modal distingue dos cosas que no son realmente distintas, como un modo y una sustancia (por ejemplo, el pensar y el ser); la distinción real distingue dos sustancias, es decir, dos cosas «realmente» distintas (por ejemplo, el alma y el cuerpo).

Otro ejemplo notable de dicha ilusión, completamente análoga a la de Boubouroche, aparece en *Un amor de Swann* de Proust. Un día en el que Swann se dispone a enviar su «mensualidad» ordinaria a Odette (que desde el principio le habían presentado como una mujer mantenida, calidad que él había olvidado a partir del momento en que se había enamorado de ella), Swann se pregunta de pronto si el acto que está por realizar no consiste precisamente en mantener a una mujer; si el hecho de que una mujer reciba dinero de un hombre, como Odette lo recibe de él, no coincide justamente con el hecho de ser lo que se llama una «mujer mantenida». Percepción fugaz de lo real, que el amor de Swann por Odette ha rápidamente tachado: «No pudo profundizar en esa idea, pues un acceso de pereza mental que en él era congénita, intermitente y providencial, vino en ese momento a apagar toda luz en su inteligencia, tan bruscamente como, más tarde, cuando se hubo instalado la luz eléctrica en todas partes, fue posible cortar la electricidad de una casa. Su pensamiento vaciló un instante en la oscuridad, se quitó las gafas, le limpió los vidrios, se restregó los ojos con las manos, y solo volvió a ver la luz cuando se encontró en presencia de una idea totalmente distinta, a saber: que debía procurar enviar a Odette seis o siete mil francos en lugar de cinco, por la sorpresa y la alegría que eso le causaría». Semejante «pereza mental» consiste esencialmente en separar en dos lo que solo es uno, en distinguir entre mujer amada y mujer pagada; y Proust tiene toda la razón en decir de dicha pereza que es «congénita». Pero debe añadirse que dicha pereza no es exclusiva de Swann ni de la pasión amorosa, sino que concierne también al conjunto del género humano, del cual representa

el caso principal de ilusión: el hacer de un solo hecho dos hechos divergentes, de una misma idea dos ideas diferentes —una desagradable, pero la otra «totalmente distinta», como escribe justamente Proust.

El obcecamiento ejemplar de Boubouroche (y de Swann) nos pone tras la pista del muy profundo vínculo que une la ilusión a la duplicación, al *Doble*. Como todo iluso, Boubouroche escinde el evento único en dos eventos: su mal no es ser ciego, sino *ver doble*. «Has visto doble», le dice por lo demás Adèle en cierto momento, en un sentido, es verdad, algo diferente, pero no por ello menos sorprendentemente premonitorio y significativo. La técnica general de la ilusión consiste, en efecto, en convertir una cosa en dos, igual que la técnica del ilusionista, que cuenta con el mismo efecto de desplazamiento y de duplicación por parte del espectador: mientras se ocupa en su quehacer, orienta la mirada hacia *otra parte*, allí donde no pasa nada. Así procede Adèle con Boubouroche: «Es verdad que hay un hombre en el armario —pero mira por aquí, mira cuánto te amo».

El ensayo que sigue se propone ilustrar dicho vínculo entre la ilusión y el doble, mostrar que la estructura fundamental de la ilusión no es otra que la estructura paradójica del doble. Paradójica, pues la noción de doble, como veremos, implica en sí misma una paradoja: la de ser a la vez ella misma y la otra.

El tema del doble es frecuentemente, y sobre todo, asociado a los fenómenos de desdoblamiento de personalidad (esquizofrénica o paranoica) y a la literatura, en particular romántica, en donde se encuentran múltiples ecos: como si dicho tema tuviera que ver esencialmente con los confines de la normalidad psicológica y, en el plano literario, con cierto

período romántico y moderno. Veremos que no es así en absoluto, y que el tema del doble está presente en un espacio cultural infinitamente más vasto, es decir, en toda forma de ilusión: presente ya, por ejemplo, en la ilusión oracular asociada a la tragedia griega y a sus derivados (duplicación del evento), o en la ilusión metafísica inherente a las filosofías de inspiración idealista (duplicación de lo real en general: el «otro mundo»<sup>14</sup>).

14 Ver *supra*, nota 6.